

Ten valor, tú que escuchas este canto,
 Cuando al impulso de falaz fortuna,
 Caigan una por una
 Tus ilusiones, y repríme el llanto.

Que ante los golpes de contraria suerte
 El alma llena de valor no gime.
 ¡Cuán grande, cuán sublime!
 El que se ostenta en los pesares fuerte!

RUPERTO S. GOMEZ

ANTE EL DEBER

I

Subía Benito, precedido de su mula, por el sendero escarpado que conducía a la cumbre de la montaña. El rostro del joven y su aire de buen humor, denotaban un alma tranquila y un corazón satisfecho. De cuándo en cuándo se dirigía a la mula, que caminaba trabajosamente, y hablándola como si hubiera sido capaz de entenderle, decía cariñosamente:

—Vamos, Dorina, un esfuerzo más; ya poco falta para llegar arriba. ¡Adelante! Ya sabes que te esperan el pesebre lleno de paja y la cuadra alfombrada de heno perfumado como un jardín de rosas. ¡Arriba! Hoy es sábado y mañana descansarás todo el día.

La pobre mula tenía necesidad de que la animaran, porque la subida era penosa, y a pesar del frío intenso de aquel día de noviembre, sudaba el animal, agobiado de fatiga. Marchaba con la cabeza baja, como si fuese contando paso a paso los ochocientos metros que era preciso subir para gozar de aquella felicidad que la prometía su amo.

Pero es que Dorina era vieja y estaba cansada de subir todos los días a la montaña. Benito, en cambio, era joven, o mejor dicho, llegaba a la edad madura, que es llegar a

la plenitud de la fuerza, cuando se goza de perfecta salud en el cuerpo y en el alma.

Su constitución vigorosa de montañés criado entre las nieves eternas y las eternas brumas, hacía de él un joven bien formado, de hermoso rostro y viril apostura, que llevaba tras de sí las miradas de todas las mozas del pueblo cuando bajaba a misa los domingos.

Pero Benito no había pensado aún en el matrimonio. Casi todos los amigos de su infancia eran ya padres de familia, y cuando le aconsejaban que fundase un hogar, él sonreía y contestaba que todavía le quedaba tiempo.

Comenzaba a anochecer. La luna surgía entre los picachos de la montaña y aparecían las estrellas titilando en el cielo sin nubes.

La subida tortuosa, cortada por espantosos precipicios, desembocaba en un camino más suave, desde el cual la vista se extendía por un amplio horizonte cubierto ya por las nieblas de la noche.

Allá en el valle profundo veíanse brillar las luces del pueblo, como un puñado de estrellas que hubieran caído de la altura. Y arriba, en una meseta de la montaña, abrigado por las cumbres inaccesibles, descubriase un grupo de casas, cobijado por la torre de una pobre iglesia.

Benito apresuró el paso y brilló en sus ojos un rayo de alegría. ¿Atrafale, por ventura, aquel cielo diáfano sembrado de puntos brillantes, como un regio manto bordado de piedras preciosas? ¿O quizá sus ojos distinguían entre las brumas la casita blanca, asilo fiel de paz y de alegría doméstica?

No: en aquella hora de los recuerdos, el pensamiento del joven descendía al valle, recordando los acontecimientos del día.

Y veía en su corazón aquella ventana rodeada de flores, detrás de la cual trabajaba constantemente Lucía, la de los ojos azules y profundos como un cielo sin nubes. ¡Cuántas veces al pasar él por delante de aquella ventana

habíase inclinado hacia el cristal la rubia cabeza de la joven; y cuántas veces le habían sonreído sus ojos, antes de que él se decidiese a hablarla!

Pero aquel día se había atrevido por fin a ofrecerle su mano y su corazón.

—Vendrás a vivir conmigo allá arriba—le había dicho;—mi casa está más cerca del cielo. Por el invierno la blancura de la nieve parece el manto de una virgen; en el verano los pinos perfuman el ambiente con el agradable olor de la resina. Serás feliz, más feliz que aquí abajo, donde te faltan la luz y el aire.

Lucía le había escuchado en silencio. Cuando acabó de hablar levantó hacia él sus ojos azules llenos de lágrimas, y respondió tristemente:

—Benito, te agradezco que te hayas acordado de mí... pero no puedo aceptar. Ya ves que no debo dejar a mi abuela. Es vieja y está enferma.... No tiene en el mundo a nadie más que a mí...

El había insistido:

—Y si tu abuela no tuviera necesidad de ti, ¿querrías ser mi mujer?

—Sí. Hace tiempo que te conozco y sé que eres bueno.... Pero ya sabes que no estamos en este mundo para ser felices, y aun las alegrías legítimas no pueden comprarse a costa del deber. El mío es permanecer aquí.... ¡Hágase la voluntad del Señor!

—Pues si no hay otro obstáculo, ya buscaremos el medio de arreglar eso;—replicó alegremente el joven.

Luégo la estrechó la mano y se despidió de ella.

Benito creía haber encontrado ya el modo de conciliar aquellos dos extremos que a Lucía parecían inconciliables.

En casa de sus padres no tenían gran necesidad de su ayuda. La madre se conservaba fuerte y ágil, a pesar de sus sesenta años. El padre, octogenario, gozaba de envidiable salud. Gertrudis, la hermana menor de Benito, aunque algo enfermiza, ayudaba a su madre en las tareas de

la casa. Y el peso del trabajo era para María, la mujer de Juan, hermano mayor de Benito.

María era una muchacha muy buena y hacendosa, a quien todo el mundo quería por su dulzura y amabilidad. La más perfecta armonía reinaba en aquel hogar, alegrado por tres preciosas criaturas, especialmente por Teresita, que era la preferida de todos, singularmente de su tío Benito.

Juan era, por lo tanto, el jefe de aquella familia, a quien todos obedecían con cariño. Ganaba un jornal muy suficiente, y las mujeres le ayudaban hilando y haciendo media. La casa era suya y esto constituía un gran ahorro. Benito, por su parte, entregaba todas las semanas el jornal íntegro, contribuyendo de este modo al aumento de los pequeños ahorros que Gertrudis guardaba cuidadosamente en el fondo del arca, en previsión de cualquier necesidad eventual.

El invariable buen humor del joven, fruto de una conciencia tranquila y de un corazón recto, le hacían simpático a sus vecinos, que envidiaban la paz y la alegría de aquel hogar cristiano y venturoso.

En aquel nido colgado en lo alto de la roca, había pensado Benito introducir a Lucía; pero las palabras de la joven le habían demostrado la imposibilidad de realizar aquel proyecto.... Pero todo podía arreglarse. En lugar de subir la joven a la montaña, bajaría él al valle y vivirían en casa de la abuela. Indudablemente sería doloroso separarse de los suyos, que procurarían retenerle.... Pero el verdadero amor no encuentra obstáculos en su camino. Benito era útil en su casa, pero no era necesario. Con el trabajo de Juan había más de lo suficiente.... Y además la madre podía vivir con él algunas temporadas.... También se llevaría de cuándo en cuándo a Teresa.... Nada: que aquel matrimonio iba a ser el colmo de la felicidad para toda la familia.

Y Benito sonreía satisfecho.

II

—¡Eh, buen hombre! Retire la mula a un lado.

Bruscamente interrumpido en su meditación, volvió Benito la cabeza y se encontró con el tío Bautista, sacristán de la parroquia, que caminaba descubierto y con un farol en la mano. Detrás de él iban tres o cuatro hombres rodeando a un sacerdote que andaba lentamente, con las manos cruzadas sobre el pecho, y cubierto con un bordado paño de hombros. Escoltando aquel grupo, iban hasta media docena de viejas con velas encendidas, pasando entre sus dedos huesudos, las cuentas del rosario.

Benito apartó la mula hacia la pared, y se descubrió respetuosamente.

El alma creyente siéntese llena de una emoción profunda e inexplicable cuando se encuentra con el Santo Viático. Es Jesús, el Creador del mundo; el que reina sobre todos los pueblos; el Redentor de los hombres, el cual, convertido en Pan vivo, descendido del cielo, deja la soledad de su tabernáculo, para ir a confortar con su divina presencia la última hora de una pobre criatura. Esta majestad inmensa que tanto se humilla; este prodigio del amor divino; esta armonía inefable de sencillez y de grandeza, es algo sublime que impone y conmueve aun a los corazones que, ciegos o depravados, no tienen fe.

Benito creía, con esa fe viva y ardiente que no discute ni silogiza, sino que calla y adora. Y el alma del joven una aquella fe entusiasta con el perfume de la poesía, inspirada por las montañas donde se había criado. Arrodillóse humildemente. Al pasar por delante de él, murmuraba el sacerdote: *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!*

Y la procesión se perdió en un recodo del camino.

Levantóse Benito haciendo la señal de la cruz, y se preguntó quién sería el que iba a recibir el Viático. No sabía

que ninguno de sus vecinos estuviera enfermo. “Habrá sido alguna desgracia inesperada,” se dijo.

En una aldea todo el mundo sabe lo que pasa. ¿Cómo él no se había enterado?... En aquel momento, recordó que un hombre de los que acompañaban al Santísimo, al pasar delante de él, había dicho unas palabras en voz baja al oído de un compañero, y los dos le habían mirado con lástima. Y un presentimiento doloroso le oprimió el corazón. Apretó el paso todo lo que pudo, tirando del ramal a la pobre Dorina, que no podía ya con sus huesos.

El camino subía en zig-zag, y por esto no se veía la aldea, aunque estaba muy cercana. En un recodo volvió a ver brillar las luces de la procesión, que aparecían y se ocultaban entre los pinos, y al cabo de unos momentos, comprendió que se dirigían hacia su casa.

—¡Dios mío!—exclamó el infeliz;—¿Qué ha sucedido?... ¿Quién es?...

Y uno después de otro fueron pasando por su pensamiento todos aquellos seres queridos.... ¿Su padre?... ¿Su madre?... ¿Gertrudis?... ¿María?... Todos, menos Juan y Teresa.

¿Por qué? Y ¿quién puede analizar los misterios del corazón? Acaso porque el uno representaba la fuerza y la juventud, y era el más necesario en casa; y la otra, porque era una flor delicada que había echado profundas raíces en el corazón de Benito.

Contra su costumbre, hostigó a la pobre mula, que echó a correr hacia la casa, corriendo él detrás como un loco. Los minutos le parecían siglos, y creíase víctima de una pesadilla.

No encontró un alma en la plazoleta que ya cubrían las sombras de la noche. Y al llegar a la puerta de su casa, vio confirmado su triste presentimiento: el Viático había entrado en ella.

Un grupo de personas aguardaba en el portal, rezando devotamente.

Benito arrojó la brida sobre el cuello de la mula y subió en dos saltos la escalera. Al llegar arriba, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Oíanse en la habitación inmediata sollozos entrecortados, y la voz del sacerdote que recitaba una oración.

Una mano se posó sobre el brazo del joven, y la voz de Gertrudis murmuró a su oído :

—¡ Cuánto has tardado !... Vén, que te llama...

—¿ Quién ?—preguntó Benito, dejándose guiar como un sonámbulo.

—Juan.

Esta palabra cayó como un rayo en el corazón del infeliz. ¡ Juan !... ¡ Su hermano !... ¡ El sostén de la casa !...

En la alcoba del matrimonio agonizaba Juan, a quien unos vecinos habían recogido a media tarde, herido y destrozado, en el fondo de un barranco.

Al entrar Benito en la habitación, vio al sacerdote y a otras personas que rodeaban el lecho, y cayó de rodillas sin poder articular una sola palabra.

El herido, haciendo un esfuerzo supremo, murmuró :

—Benito... te dejo mis hijos... no les abandones, quedas en mi lugar...

—¡ Te lo prometo !—sollozó el joven.

—Gracias... Ahora muero en paz... ¡ Dios te bendiga !

Y Juan levantó los ojos moribundos hacia un cuadro de la Dolorosa que adornaba la pared al lado de la cama. Sus labios se entreabrieron en un suspiro, y se santiguó trabajosamente. El sacerdote comenzó la letanía de la Virgen, contestando to los los presentes. Al llegar a la invocación *Regina martyrum*, los ojos de Juan se cerraron para siempre.

La catástrofe había sido repentina y terrible. Juan había salido con el carro a recoger leña en el bosque para bajar luego a venderla en la fábrica de la ciudad. Unas horas más tarde era conducido a su casa, agonizando.

¿ Qué había sucedido ? ¿ Una distracción ? ¿ Un vértigo ? ¿ Quién podría decirlo ? Nadie lo había visto, y él no estaba en situación de poder contarlo.

A penas vuelto en sí, murmuró con voz entrecortada :

—Me muero... Buscad un sacerdote... No hay tiempo que perder... quiero confesarme y recibir el Viático.

Y el Señor había ido a consolar a su siervo en el terrible paso de la muerte, repitiéndole por boca de su ministro, las promesas de vida eterna.

Sólo una preocupación había tenido el moribundo, y era que su hermano Benito tardaba más que de costumbre y no iba a poder despedirse de él y encomendarle el cuidado de sus hijos.

Todo esto supo Benito por boca del sacerdote, que trataba en vano de prestarle algún consuelo.

El desgraciado joven no podía apartar los ojos del cadáver de su hermano, como si no creyese en la terrible realidad, y esperase aún verle volver a la vida.

Transcurrieron unos instantes, y el sacerdote salió acompañado de algunas personas.

Entonces Benito miró a su rededor y preguntó :

—¿ Dónde está Teresa ?

La familia recordó que no había visto a la niña en toda la tarde. En aquellas horas de angustia y de muerte, nadie había pensado en ella, ni se había echado de menos. María y Benito salieron de la alcoba y recorrieron toda la casa, pero no encontraron a la pequeña.

Benito corrió a la huerta situada a espaldas de la casa. Allí en un ángulo de la tapia había una hornacina, adornada de yedra, en cuyo hueco, la piadosa familia había colocado una imagen de la Virgen.

Las ramas de los árboles, entrelazándose, formaban delante de la hornacina una bóveda sombría, y un rosal silvestre, que al pie de la tapia nacía, trepando por los salientes de la piedra, formaba una maravillosa alfombra para las plantas de la Virgen.

Aquel era el sitio preferido de la niña. La cual, para alcanzar a poner en la hornacita ramos de flores con las cuales se recreara aquella Señora, a quien ella ingenuamente llamaba *su mamita*, había llevado una silla vieja, que arrimaba al muro para que no se cayese.

Allí se dirigió Benito. La luna iluminaba pálidamente el jardín. Atravesando por entre las ramas de los árboles, el rayo de plata dibujaba en el suelo arabescos caprichosos. Teresa no estaba allí.

—¡Teresa, Teresa!—gritó el joven.

Un gemido le respondió; un gemido que parecía salir de una cisterna medio seca que allí cerca había. Corrió Benito hacia ella, se asomó y vio en el fondo dos manitas que se agitaban convulsivamente. ¿Cómo bajó Benito al pozo? No hubiera podido decirlo. Pero lo que importa es que consiguió salir sano y salvo con la pequeña en brazos.

Luégo, dejándola al cuidado de su madre, tornó a la cámara mortuoria a velar el cadáver de su hermano.

III

Pasaron diez días; diez días llenos de sufrimientos y de amarguras para el desgraciado Benito.

La muerte de su hermano era ya casi una cosa secundaria, ante el estado en que se encontraba la pobre Teresita. Según había contado la niña, el día de la desgracia había ella ido al jardín, poco después del medio día, a llevar a la Virgen un ramo de flores. Para acercarse a la silla donde había de subirse, colocó el ramo sobre el brocal del pozo. Entonces creyó oír ruido dentro y se empujó para ver lo que era. Tropezó con el ramo que cayó al pozo, y ella, queriendo retenerle, se inclinó demasiado y, perdiendo el equilibrio, cayó también. Afortunadamente el pozo tenía poca agua y no era muy hondo, pero como la pequeña había permanecido mucho tiempo con las piernas sumergidas en el agua helada, era de temer que quedaría parálitica.

Después de haber pasado varias noches de insomnio, levantóse un día Benito antes del alba. Multitud de pensamientos dolorosos se agitaban en su cabeza sin dejarle un momento de reposo. La muerte de su hermano le obligaba a tomar sobre sí todas las cargas de la casa. ¿Cómo podría ya pensar en su porvenir? Los hijos de su hermano, y especialmente la pobre Teresa, ¿no eran ya como hijos suyos? ¿Podría abandonarlos para gozar egoísta y criminalmente de aquella felicidad que poco antes le parecía tan cercana?

Obligado por su oficio a bajar todos los días al pueblo y a pasar ante las ventanas de Lucía, no se había sin embargo, atrevido a entrar para exponerle su situación. No había tenido valor para tanto. Mejor hubiera querido escribirla, pero no sabía cómo. Hay cosas que se dicen difícilmente en una carta. Y hablarla.... ¡Oh, no, no!.... ¿Cómo podría resistir la triste mirada de aquellos ojos tan queridos?... Vacilaría.... y caería, acaso. ¡No! era preciso concluir bruscamente, con un golpe que los separase sin remedio, aunque fuera necesario arrancarse el corazón.

Benito quería y no quería. Ante la vida de sacrificio que se veía obligado a emprender, temblaba y dudaba; él, que nunca había vacilado ante el deber, lo encontraba por la primera vez en su vida, áspero y difícil.

En el corazón del joven surgía una especie de rebelión contra los decretos de la Providencia divina que le había encomendado carga tan pesada; y, a pesar suyo, experimentaba una aridez, una irritación insensata contra aquellas infelices criaturas que se alzaban ante él como barrera infranqueable, separándole para siempre de la soñada felicidad.

Había llegado la hora de comenzar el trabajo. Benito se dirigió a su cuarto para prepararse a salir. Al pasar por delante de la alcoba de Teresa, oyó la voz de la niña que le llamaba. Dibujóse en sus labios una amarga sonrisa, y pasó de largo, murmurando: "Si yo sufro, justo es que

sufráis también vosotros ; por causa vuestra seré yo siempre desgraciado....”

Pero luégo, antes de salir, impulsado por una fuerza desconocida, entró en el cuarto de la enferma. Teresa, rodeada de almohadones, pálida y ojerosa, se entretenía jugando con una muñeca.

—¡ Tío!—exclamó al ver a Benito.—No te vayas porque tengo que decirte muchas cosas.... Vén aquí, a mi lado.... más cerca.... Yo no puedo moverme.... vén.

Sus brazos descarnados como frágiles juncos, se enlazaron al cuello del joven, el cual, vencido y desarmado, sentóse en el lecho, olvidando su cólera, sus proyectos, su rebelión.

—¡ Hace tanto tiempo que no te he visto!—continuó la niña;—¡ Y tú querrías marcharte ahora sin entrar a decirme adiós!

—No lo creas.

—Tengo que preguntarte dos cosas.... Yo no sé qué pasa que todos estáis tan tristes.... Yo estoy enferma.... ¿ por qué no viene papá a verme?

—Porque está de viaje;—murmuró Benito.

—Y ¿ cuándo vendrá? Yo quiero verle.

—No lo sé, hijita.... Yo creo que vendrá pronto.

Y Benito hacía esfuerzos desesperados para no llorar. La niña cayó en la cuenta, y preguntó asombrada:

—¿ Por qué lloras? ¿ Piensas en papá que está muy lejos, o tienes miedo de que yo no me cure?

El joven suspiró sin saber qué decir.

—Tío—continuó la enfermita,—dime la verdad. ¿ Por qué estáis tristes? Mamá siempre tiene los ojos hinchados de llorar; la abuela no me cuenta cuentos, y tú, ¿ qué has hecho de tu alegría de siempre?

—La pícara se ha ido a pasear mientras tú has estado enferma; pero no te apures, que ya pronto volverá como vuelven las golondrinas en primavera.

Benito acariciaba los revueltos rizos de la pequeña.

—Ahora dime otra cosa, tío; ¿ qué quiere decir “piernas paralizadas?”

—¡ Qué ideas tienes!—exclamó él casi con aspereza.

—Sí, sí. Ayer por la noche se lo dijo el médico a mamá. Creían que yo estaba dormida, porque tenía los ojos cerrados, pero lo oí todo. Mamá lloraba mucho y por eso no me he atrevido a preguntarla después. Pero tú debes saberlo también.

—No, no: yo no sé nada.... Y ¿ qué decía el médico?

—Decía: “si la niña cura, no podrá andar nunca porque.... porque....”

—Oh, no, Teresa; eso no puede ser.... No era eso lo que decía el médico.

—Sí; yo lo he oído muy bien. Ya sabes que tengo buen oído. Estaban al lado de la cama, ahí donde estás tú. El médico dijo: “la niña”.... Pero luégo llevó a mamá delante de la ventana, y bajando la voz, dijo: “la niña tiene las piernas paralizadas.”

—¡ Oh, Teresa, Teresa!—exclamó Benito sofocado de emoción.

—Y si no he de poder andar nunca—añadió la niña, con los ojos llenos de lágrimas,—¿ no sería mejor que me muriera?

—¡ No, no, ángel mío!—exclamó el joven estrechándola en sus brazos.

—Ya ves; todo el día sin moverme.... To la la vida. ¡ Oh, Dios mío!.... Levántame un poco; quiero ver que tal estoy.... Sosténme....

Y colgada del cuello de su tío, la niña se esforzaba en vano para levantarse.

—¡ No te muevas!.... Ya veremos luégo.... luégo....

Y no pudiendo contenerse por más tiempo, Benito dio rienda suelta a los sollozos que le ahogaban.

—¡ Tío, tío!—murmuraba asustada la pequeña, mientras pasaba sus manitas acariciadoras por la cabeza del joven.—Tío, perdóname.... Yo no sabía que te iba a dar tanta pena.

—¿ Perdonarte, tesoro mío?—exclamó él con voz ahogada ;—¡ Si soy yo quien debía pedirte perdón !

Pensaba entonces con amargura indecible en aquel espantoso luchar de poco antes, cuando había llegado hasta gozarse en el dolor de aquella angelical criatura.... Pero la batalla había concluído. Benito estaba dispuesto a cumplir con su deber y a consagrar toda su vida al alivio de aquellos seres desgraciados.

Teresa no comprendió el significado de aquellas palabras, pero quedó consolada con las caricias que antes de decirle adiós, la prodigó el tío aquella mañana.

IV

Después de recogerse por la noche, encerrado en su cuarto y a la luz del viejo candelabro suspendido sobre la mesa, escribió Benito la siguiente carta :

“ Lucía : Tenías razón cuando me dijiste que el deber ha de ser lo primero y que Dios no quiere que seas mi mujer.

“ Rehusaste mi proposición por no abandonar a tu abuela enferma, y así me enseñaste lo que debo hacer yo ahora que la muerte de mi hermano me ha impuesto la obligación de sostener la familia.

“ Perdóname el haberte dejado una esperanza que hoy me veo obligado a romper. Yo no te olvidaré nunca, pero tú olvídame. Dios te dé un marido tan bueno como le mereces. Adiós.”

Cuando concluyó la carta sintióse lleno de valor y reconfortado por una energía extraña : el valor y la energía que da el sacrificio aceptado con resignación.

Con mano firme y segura escribió el sobre, y luego colocó la carta en un bolsillo de su capote y se acostó tranquilamente.

Al día siguiente bajó al pueblo y envió la carta a su destino. La lucha había concluído para siempre.

Por la noche, al volver del trabajo, entró Benito en la alcoba de la enferma. Un rayo de luna, penetrando por entre las rejas de la ventana, iluminaba débilmente el rostro demacrado de la niña.

—Ven, tío,—exclamó Teresa ;—no duermo, estaba esperando que volvieras para darte un beso antes de dormirme.

El se inclinó sobre el lecho y la besó en la frente.

—Hoy he estado bien todo el día,—dijo la enferma ;—¿ cuándo me llevarás a la huerta para ver a la Virgen ?

—Cuando el médico lo consienta.... pronto.... pronto....

—¿ Pesaré mucho ? ¿ Te cansarás de llevarme, tío ?

—No, hija, no me cansaré nunca.

—Y ¿ me llevarás a ver las flores por la mañana y la puesta del sol por la tarde?... ¿ Y no te cansarás de llevarme siempre si yo no puedo volver a andar sola ?

—¿ Y por qué me he de cansar ? Ya sabes que te quiero mucho....

—Gracias, tío. Y.... hasta que vuelva papá.... tú....

—Sí, sí.... no te preocupes.... ya verás....

La niña sonrió, satisfecha.

—Entonces—dijo,—yo estaré contenta con la voluntad de Dios.... y no volveré a hacerte llorar como esta mañana.... No me quejaré nunca.... aunque no pueda volver a andar.

—Eres muy buena.

—Escucha ahora otra cosa, tío.... Pero no quiero que nadie lo oiga ; vén más cerca.... Cuando tú bajes al trabajo, yo estaré siempre pensando en ti.... ¿ Sabes, tío?... Primero quiero a mamá.... después a ti.... Pensaré en tu vuelta, y en que me llevarás a ver a la Virgen.... y esperaré con paciencia.... sin quejarme....

Benito murmuró al oído de la niña unas palabras que la hicieron sonreír, y luego continuó hablándola dulcemente, hasta que se quedó dormida en los brazos de su tío.

Y él, sentíase dichoso con el cariño de aquella pobre niña, en el cual encontraba la compensación de las alegrías a que generosamente había renunciado, y creía ver allá en el cielo el alma de su hermano, pidiendo para él gracia y fortaleza.

DOS CUADROS DE RAFAEL

La *Madona Sixtina*, destinada a la iglesia de benedictinos de San Sixto de Plasencia, fue probablemente pintada al mismo tiempo que los cartones para los tapices; en éstos se celebran acciones milagrosas, y también en aquella se cierne en las nubes, como una misteriosa aparición, la Reina de los Cielos, llena de inaccesible alteza en el resplandor de una gloria formada de innumerables cabezas de ángeles, y teniendo en los brazos al divino niño; a uno y otro lado están de rodillas Santa Bárbara y el anciano Papa Sixto, y en la parte inferior, redondeando la composición, el celebrado grupo de ángeles. Ciertamente, muy pocas obras de arte ha creado la mano del hombre, donde resplandezca semejante alteza y unción sobrenatural. Y entre todas las imágenes de la Virgen Santísima, ninguna otra hay más difundida en palacios y cabañas. Los más eminentes maestros han intentado reproducir con su estilo la belleza de aquella creación incomparable; y esta sola imagen ha producido toda una literatura copiosa, pues ofrece una inextinguible variedad de puntos de vista.

Es una de las pocas imágenes religiosas que, como por milagro, revelan al espectador, de una manera casi tangible, la incomprensible y sobrenatural virtud de la fe, guiando sus miradas a otro mundo más luminoso, y necesitando formalmente al humilde reconocimiento de lo eterno. Lo que más eficazmente expresa este afecto es la actitud de las figuras del Papa Sixto y de Santa Bárbara. El Papa ha depuesto su triple corona para venerar de rodillas a la